

LAS SOCIEDADES INDÍGENAS DE LOS LLANOS: SISTEMAS ECONÓMICOS Y CARACTERÍSTICAS SOCIO - CULTURALES

AUGUSTO J. GÓMEZ L.
Profesor de la Universidad Nacional de Colombia
INES CAVELIER DE FERRERO
Investigadora Fundación ERIGAIE



Fernando Urbina

SISTEMAS ECONOMICOS Y CARACTERÍSTICAS SOCIO-CULTURALES

Las imágenes negativas que muy pronto, desde el siglo XVI, surgieron sobre las sociedades aborígenes de los Llanos ("caribes", "gentiles", "vagabundas", "bárbaros", etc.) todavía difundidas ampliamente en el siglo XX, han impedido advertir, sin prejuicios, las ingeniosas estrategias por ellas desarrolladas para el manejo y domesticación de cultígenos y, en general, para la utilización de los recursos. En contraste con la subutilización económica y particularmente agrícola del Llano en la actualidad, las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas sugieren cómo en el pasado prehispánico las sociedades que allí habitaron desarrollaron complejos sistemas que hicieron posible el manejo y aprovechamiento eficiente de los ecosistemas regionales.

Tales habilidades y conocimientos fueron desarrollados durante largo tiempo por grupos humanos llaneros, cuyas características y cronología comienzan a conocerse. En efecto, y si bien hasta hace

poco se consideraba remota una ocupación de las tierras bajas tropicales por grupos de cazadores-recolectores, en los Llanos se han registrado asentamientos de esta etapa. En la región del medio río Orinoco venezolano, sobre terrazas, bancos y diques adyacentes al cauce actual o al antiguo, se encontraron tres sitios cuyos componentes arcaicos estarían relacionados con aquellos de la región andina, en la Cordillera Oriental colombiana (Barse 1995). La primera fase fue registrada en los sitios Culebra y Provincial (fechados en $9.020 \pm$

100 y 9.210 ± 120 A.P.). En este último, un conjunto de raspadores de lasca y herramientas producidas por abrasión y picado, asociados a fogones con carbón vegetal y restos de frutos de palma, yacían en un paleosuelo, remanente de la antigua cobertura "boscosa". A partir de este período temprano, se habría desarrollado otro componente registrado también en el sitio Culebra, del cual se obtuvieron raspadores y dos puntas de proyectil con tallos contraídos, cuya materia prima es ajena a la hoya del Orinoco. Con similares características se encontró un piso de ocupación que contenía piedras quemadas éstos de frutos de palma junto con raspadores en POZ Azul Sur-2, fechado en 7010 ± 190 A.P. Los materia es de este segundo componente, y en especial la presencia de puntas de proyectil, se han interpretado como el reflejo de las condiciones ambientales más secas del Holoceno medio (Barse, 1995), donde una situación de vegetación de sabana haría necesarias herramientas de caza para animales típicos de este ambiente.

Hacia esta misma época, un abrigo rocoso cercano río Guaviare, al suroriente de la Sierra de la Macarena, era usado como vivienda por grupos de cazadores-recolectores hace 7.250 años. Poseían una tecnología simple dirigida a la explotación de recursos del bosque, tanto animales como vegetales, y posiblemente debido a su uso para maderas y otras plantas, se encuentran predominantemente herramientas de raspador elaboradas en chert, cuarzo y cuarcita. Además consumían frutos diversos, cuyos restos aún carecen de identificación. A partir de las características de precipitación y vegetación actuales, se puede suponer que el hábitat en el cual desarrollaron sus actividades de caza y recolección sería selvático. Sin embargo es posible que fuera algo menos húmedo que el actual, si tenemos en cuenta los resultados de los análisis paleoclimáticos, los cuales se tratarán en detalle más adelante.

Se ha postulado (Barse 1995) que esta tradición arcaica en los Llanos, con grupos dedicados a la caza y recolección, que posiblemente derivó hacia un manejo hortícola incipiente, pudo continuar hasta hace 4.000 a 3.000 años. Esta situación podría verse reflejada en los hallazgos del sitio La Maporita localizado en el piedemonte del Casanare. Allí, un piso de ocupación fechado en 3620 ± 50 A.P., contenía artefactos líticos tallados obtenidos con una técnica sencilla de percusión directa. Sin embargo, a diferencia de los otros sitios mencionados en donde predominaban los raspadores propios para trabajo sobre madera; en este caso se tiene una mayor proporción de lascas de corte, seguida por desechos de talla, núcleos, y finalmente los raspadores en menor cantidad. En el lugar se observó un depósito de arenas finas transportadas por el viento, que es característico de una sabana con vegetación abierta; esto permite proponer que la tecnología lítica descrita refleja un uso orientado a este hábitat (López et al. 1993).

Aunque escasos, los datos sobre estos primeros asentamientos de cazadores-recolectores indican distintas formas tecnológicas propias para la explotación de recursos variables, el acceso a los cuales pudo verse afectado por los cambios de vegetación y clima del Holoceno, desde hace unos 10.000 años. Tales variaciones se han verificado en la región de las sabanas orientales a partir de perfiles palinológicos de los llanos al sur de San Martín, donde se identificó un período seco y vegetación predominante de gramíneas, desde c. 6000-5000 hasta el 3800 A.P. Igualmente, mediante sondeos efectuados en la sabana de Rupununien Guyana se pudieron apreciar fases de cambio climático representadas por vegetación de gramíneas en la época seca y fría del 7300 y del 6000 A.P., alternando con bosques algo más húmedos donde predominaban árboles de *Byrsonima* (Van der Hammen, 1992). Según estas informaciones, así como las características de las ocupaciones tempranas en las sabanas orientales hasta ahora conocidas, se puede señalar que los grupos primigenios de cazadores-recolectores preferían ambientes ribereños más húmedos y

una vegetación con mayor componente boscoso. La ubicación de estos pobladores en zonas con menor variación estacional posiblemente buscó evitar la escasez de algunos alimentos, previsible en las sabanas con marcada sequía anual. Es posible que desde estas primeras ocupaciones surgieran algunas estrategias de subsistencia de los grupos nómadas llaneros, como alta movilidad para explotar biotopos diferentes en busca de alimentos, y las prácticas de distribución de recursos en el interior y entre bandas. De igual forma es aparente que desde muy temprano las poblaciones llaneras seleccionaron las palmas y su hábitat de bosque de galería y esteros como recursos de importancia, zonas que posteriormente serían valiosas para la agricultura.

Antes de considerar los desarrollos de grupos sedentarios, es relevante hacer unas consideraciones generales sobre la discusión de las relaciones entre culturas-basadas en maíz (semicultura), respecto a aquellas que tenían como base de subsistencia el cultivo de yuca (vegicultura). Cada uno de estos sistemas ha sido tradicionalmente identificado a partir de los instrumentos característicos para procesar tales alimentos. De esta forma las manos y metates indicarían una subsistencia basada en maíz mientras que los platos budares implicarían el cultivo de raíces, particularmente la yuca brava (no obstante véase De Boer, 1975). Actualmente los arqueólogos prefieren contar con restos vegetales carbonizados o secos, así como polen, para establecer las prácticas de subsistencia del pasado. Sin embargo en los años cincuenta se carecía de estos datos, así que los arqueólogos Cruxent y Rouse (1958), siguiendo los planteamientos de Sauer se basaron en las evidencias indirectas ya mencionadas y propusieron que en Venezuela, contrario al origen andino del poblamiento postulado por Steward, había dos grandes centros de desarrollo cultural: uno oriental, temprano, situado en la cuenca del Orinóco, con la yuca como alimento principal y representado por la tradición Saladoide Barrancoide; y otro occidental, temporalmente posterior, que estaría concentrado alrededor del Lago de Maracaibo, con importantes elementos ceremoniales y agricultura de maíz. A partir de tales centros se habría dado una interacción posterior, originando híbridos como el Araúquinoide. Posteriormente, los grupos maiceros se habrían expandido, prevaleciendo en gran parte del país (Cruxent & Rouse, 1958).

Algunos elementos del desarrollo cultural mencionados en estas hipótesis se han podido reconstruir con mayor detalle a partir de investigaciones realizadas tanto en Colombia como en regiones vecinas de Venezuela, ubicadas éstas hacia el norte y oriente del territorio colombiano; Estas informaciones nos permiten una aproximación a la historia del piedemonte septentrional, así como los llanos medios y bajos, antes de considerar las peculiaridades de las sociedades del piedemonte sur, que se relacionarán posteriormente. El primer caso corresponde a los llanos altos y medios de Barinas, que prolongan los llanos de Casanare y Arauca hacia el nororiente, bordeando la Cordillera Oriental o de Mérida. Allí la ocupación por ceramistas cultivadores de maíz de la serie Osoide se ha identificado para la primera fase llamada Caño del Oso (2180-1300 A.P.). Posteriormente, la presencia de budares indicaría que la gente de la fase La Betania (1300-750 A.P.), asociada con la expansión Araúquinoide, dependía de la yuca para la subsistencia (Zucchi 1968, 1972, 1973). Otros trabajos (Garson, 1980; Spencer & Redmond, 1992), han planteado el surgimiento de cacicazgos a partir del 1450 A.P., caracterizados por una jerarquía de asentamientos en tres niveles, con un gran centro regional y construcciones de montículos, calzadas y campos drenados. Adicionalmente se constató un crecimiento demográfico: sólo tres pequeños asentamientos pertenecen al período 1650-1450 A.P., mientras que entre 1450 y 950 A.P. se encuentran 32 sitios habitados. Para la última época, la diferenciación social es aparente en las viviendas y los entierros. Aunque se ha discutido que los intercambios a larga distancia en los llanos eran de baja intensidad y estaban basados en bienes de prestigio (Gassón, 1996) en este caso se han identificado varios elementos que permiten suponer un nivel de organización socio-política avanzado, como el incremento del comercio con la zona andina y las técnicas defensivas para la guerra. Igualmente se considera avanzada una tecnología agrícola con campos drenados donde predominaba el cultivo del maíz (Spencer & Redmond, 1992).

Otro sector cuya ocupación prehispánica puede relacionarse con la expansión Araúquinoide, son las llanuras eólicas del río Meta y sus afluentes, en Arauca. Allí, un patrón de asentamiento

ribereño fue identificado en tres sitios que ocupan de 1 a 2 hectáreas cada uno, ubicados en las riberas de los ríos Casanare, Ariporo y Meta (Giraldo de Puech, 1988). Los materiales cerámicos fueron divididos en cinco tipos según sus características de pasta y color de superficie. El tipo A, más abundante, presenta formas de anchos cuencos de base anular plana y platos hondos de bases planas (budares), utilizados probablemente para la preparación del casabe. Los escasos elementos decorativos son acanaladuras, impresiones de cestería y textiles, falsas asas, asas modeladas zoomorfas, y pintura roja, carmelita o negra alternada con rosado en motivos curvos, ángulos o rombos. También existen pintaderas cilíndricas con motivos geométricos. Una fecha obtenida en Bomhay, en la margen meridional del río Meta, sitúa los hallazgos en 767 ± 85 A.P. y la autora considera que la cerámica se relaciona con aquella de Arauquín, sitio epónimo localizado en el Orinoco medio de Venezuela.

El sistema de campos elevados relacionado con el desarrollo de complejidad socio-política también fue utilizado en tiempos prehispánicos en Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Surinam y Guayana Francesa, y constituye una manifestación de la adaptación de grupos agricultores a ecosistemas que, como los del Llano, presentan fuertes períodos de exceso y de falta de agua durante el ciclo anual. Los campos drenados, montículos o camellones de cultivo, buscan manejar las condiciones de anegamiento e igualmente aprovechar la humedad remanente en época de sequía. En Colombia tales áreas modificadas han sido registradas en la zona de colinas disectadas, en un sector de bajos del caño Cumaral, cerca al río Manacacías (Reichel-Dolmatoff, G. y A., 1974). El complejo de caño Cumaral cubre unas 100 hectáreas y en una sola de ellas se contaron cerca de 1.000 montículos. Cada amontonamiento de tierra puede medir entre uno y seis metros de diámetro y tienen de 60 a 100 cm de alto. Las excavaciones y recorrido del área no permitieron identificar cerámica asociada o elementos que permitan establecer su cronología, pero el autor considera que fueron hechos por el hombre, en época prehispánica con el fin, de sembrar yuca. Los terrenos bajos son apropiados para la siembra en tanto se puedan controlar las inundaciones a las cuales están expuestos durante la temporada de lluvias. Tales montículos, según los autores, podían servir para sembrar raíces como la yuca, pues su elevación sobre el pantano protegería las plantas de la excesiva humedad. Adicionalmente en verano, los montículos conservarían un núcleo de textura floja apropiado para el crecimiento de estos cultígenos. Unos pocos montículos, similares a los descritos, se encontraron en un bajo adyacente al caño Húmapo, cerca de su desembocadura en la margen sur del río Meta (Mora & Cavelier, 1984). Para estos sectores modificados se carece hasta el momento de asentamientos relacionados o de evidencias directas, como polen o restos de plantas, que puedan darnos luces sobre el tipo de vegetales allí cultivados.

Un caso ilustrativo para la hipótesis de Rouse y Cruent sobre la existencia temprana de un "centro cultural oriental" de vegetadores, se ha identificado en Parmana, medio Orinoco en, Venezuela, donde Roosevelt (1980) encontró fases sucesivas de ocupación desde hace unos 4.000 años. En una primera época (4050 a 2750 A.P.) se presentaban pequeños asentamientos sobre los diques del río Orinoco, con una baja densidad de población (0,2 a 0,3 habitantes por kilómetro cuadrado) y una subsistencia basada en yuca, a juzgar por los budares y las pequeñas astillas de piedra, testigos remanentes de antiguos ralladores de madera incrustados con esquirlas agudas. Luego estas gentes fueron abruptamente reemplazadas ó absorbidas por otros grupos emparentados con el occidente de Venezuela. En este período (2750 a 1550 A.P.); cuando los poblados eran más grandes y aparecen en mayor cantidad, se encuentran los primeros restos de maíz y metates. Se ha calculado que la población entonces creció hasta cuatro veces más que la del período anterior. En una tercera época, donde se reconoce la influencia de los Arauquinoídes, se estabiliza la población, que llega a ser hasta 20 veces mayor que durante la primera ocupación. La autora estima que hay una correlación temporal entre la primera aparición del maíz y el crecimiento demográfico. Si bien cuestiones tan relevantes como las tratadas en esta reconstrucción histórica se pueden establecer para las zonas adyacentes, la región del medio Orinoco de Colombia continúa inexplorada. Sin embargo las similitudes entre algunos materiales cerámicos encontrados en proximidades de Puerto Carreño, en territorio colombiano, permiten suponer la ocupación de esta región al menos por gentes de una de las fases tempranas (Ronquín-Sombra) señaladas por

Roosevelt. De igual forma los hallazgos de Castaño permiten proponer una interesante secuencia de cambios culturales, y cabe a los investigadores colombianos continuar tales estudios.



Pinturas rupestres en el río Guayabero. Estos petroglifos, cuya antigüedad se desconoce, se encuentran principalmente en los grandes raudales y representan escenas de caza y pesca. Foto: Enrique Bautista

Para la época tardía se han registrado en el norte de los Llanos de Colombia otras zonas que dan cuenta de formas diversas de asentamiento y de utilización de los recursos regionales en la antigüedad. En virtud de la investigación desarrollada por Mora y Márquez, en 1982, se conoce la ocupación de los llanos altos del municipio de Yopal durante la primera mitad del siglo XVII (1620 + 50) así como sus formas de utilización del medio:

“Los habitantes pertenecientes a esta etnia parecían preferir para ubicar sus asentamientos el área extensa de abanicos aluviales. Allí la escasa pendiente, los materiales finos, la existencia de un horizonte impermeable en los suelos y la abundancia de lluvias durante la temporada invernal, los obligaba a buscar dentro del territorio aquellas partes más altas y a salvo de las inundaciones periódicas: bosques de galería y matas de monte.

Podríamos decir que dentro de un paisaje conformado por grandes extensiones de sabana, que no presenta accidentes topográficos notables y con suelos mal drenados, estos habitantes intentaban la maximización del medio buscando aquellos lugares en los cuales se conjugaba el mayor número de unidades de paisaje diferentes, obteniendo de esta manera las ventajas de todos ellos a lo largo de las estaciones”. (Mora y Márquez, 1982,p. 9).

En esta región se localizaron más de 20 asentamientos prehispánicos, separados entre sí por distancias entre uno y cinco kilómetros y asociados a zonas de cobertura boscosa. Todos ellos son superficiales (10-30 cm de profundidad) y de poca extensión (100 a 300 m²). La actividad agrícola constituía la base de la economía, a juzgar por el gran número de platos budares, hachas de piedra y percutores líticos, que sugieren el consumo de yuca y semillas. Esta base se habría complementado con la caza de pequeños mamíferos y aves, cuyos restos se encontraron dentro del basurero excavado.

La ocupación del piedemonte y llanos altos meridionales, exige inicialmente una consideración geográfica que introduzca las diferencias con las regiones presentadas anteriormente. En efecto, se ha considerado como transicional entre llanos y selva amazónica, la franja del río Guaviare y su continuación hacia el norte, adyacente a la Sierra de la Macarena y la Cordillera Oriental, en virtud de las condiciones climáticas imperantes. Una lectura de los datos de precipitación y temperatura desde el norte llanero hacia el Amazonas muestra un cambio gradual desde una estación seca marcada con una menor precipitación anual y temperaturas más altas, hacia estos sectores cercanos al bosque húmedo tropical, donde las estaciones de sequía y lluvias apenas se diferencian, la cobertura boscosa ayuda a mantener más baja la temperatura, y en general se cuenta con mayores precipitaciones.



Pintura rupestre del Inírida. Representa un venado, un bagre y diseños geométricos de sebucanes. Foto: Fernando Urbina

Es en este paisaje donde se ha logrado identificar una serie de yacimientos que comparten un componente cerámico estilísticamente muy similar. A partir de estas informaciones, complementadas por unas fechas tardías, se ha planteado que para el siglo XVI un conjunto de grupos identificados por los cronistas pueden corresponder a los restos encontrados por los arqueólogos. Esta situación nos permite, en páginas subsiguientes, recopilar información de crónicas para complementar el esquema cultural. Sin embargo, surge la inquietud sobre la antigüedad de tal ocupación, su filiación y proceso de desarrollo en el área. Es aquí donde algunas pistas provenientes de fuentes diversas pueden ayudar en la reconstrucción; la cual deberá ser corroborada y complementada con futuros estudios.

Desde el trabajo de áreas culturales propuesto por Steward con base en informaciones del siglo XVI y siguientes, Kirchoff, apoyado en datos lingüísticos, mencionó que en la zona sur de los Llanos, los habitantes denominados Guayupe debían pertenecer a la familia Arawak. Posteriormente, Reichel-Dolmatoff (1978) señaló el parecido entre ciertas costumbres reportadas por los cronistas para los Guayupe, y aquellas de la región del Vaupés. Entre ellas apuntaba que el consumo de alucinógenos como el yopo (*Anadenanthera peregrina*), árbol leguminoso característico de sabanas y el tabaco eran de primera importancia. Esta práctica se asociaba a la capacidad chamanística de convertirse en jaguares, complejo relacionado con plantas alucinógenas, la mayor parte de ellas asociadas con la selva tropical. Sin embargo el autor anota que el uso del rapé de yopo es característico de las sabanas, aunque también se observó en el alto

Orinoco, la región del Vaupés y entre los Huitoto, grupo selvático. Adicionalmente, el autor presenta la distribución de grupos Arawak en la porción nororiental del Vaupés, y formula la hipótesis según la cual el pluralismo cultural de la zona podría haberse originado cuando bandas de cazadores recolectores, cuyo remanente son los Makú, habrían sido desplazadas por una entrada posterior de los Arawak, siendo éstos a su vez divididos por invasores Tukano. Varios trabajos se han ocupado de la dispersión Arawak en Suramérica, especialmente Lathrap (1970), quien señaló la distribución de lenguas pertenecientes al tronco Arawak desde las Antillas hasta el Gran Chaco. El movimiento de grupos de selva tropical se habría originado en el Amazonas central con dos grandes oleadas migratorias, que en busca de suelos aluviales fértiles, finalmente habrían colonizado hasta las zonas más extremas ya mencionadas. El trabajo más reciente de Zucchi (1988) en el alto Orinoco indica una gran complejidad cultural en lo arqueológico, y la reconstrucción de tradición oral entre grupos indígenas actuales permite suponer como habrían sido en el pasado algunos de estos movimientos a lo largo de los ríos. El caso de los Piapoco, hoy considerados gente de sabana, es ilustrativo: desde una creación mítica en algún raudal del Alto Isana o Caquetá, en la selva tropical, habrían llegado al Vaupés, para luego remontarlo y por tierra llegar hasta el Guaviare, cerca de la confluencia del río Ariari. Desde esta zona sucesivos desplazamientos los habrían llevado al Atabapo, Orinoco, Vichada, Meta, Pauto, y finalmente a sus lugares de habitación actuales entre el Vichada y el Guaviare.

Si bien las posibles vinculaciones esbozadas deberán explorarse a partir del registro arqueológico, algunas similitudes en los materiales cerámicos han llevado a varias propuestas respecto a la filiación de estas gentes. Marwitt apunta la vinculación con el horizonte policromo de la Amazonia, así como con la fase Cotua del alto Orinoco, relacionada a su vez con los Saladoideos del bajo Orinoco. Por otra parte, los datos de distribución de sitios arqueológicos con materiales similares apuntan a la ocupación de una serie de unidades fisiográficas que habrían compartido una cobertura boscosa significativa. El sitio hasta ahora ubicado más al norte por Marianne Cardale (comunicación personal) corresponde a la salina de Upín, en el municipio de Restrepo. Siguiendo hacia el sur, en las terrazas del río Acacias, un pequeño asentamiento fechado en 1570 ± 50 A.P. presenta los mismos 'materiales, asociados a restos carbonizados de maíz, frutos de la palma de chontaduro y restos de vainas de yopo (Mora y Cavelier, 1984). En ambas bandas del río Ariari, entre Cubarral y Puerto Lleras, Marwitt (1973, 1975) registró 24 sitios, algunos de los cuales con extensiones de más de seis hectáreas. Los materiales cerámicos, acumulados densamente aunque en poca profundidad, se caracterizan por tener desgrasante de tiestos molidos, arena o caraípe, una corteza silíceo molida. Los budares son comunes, así como grandes ollas de base plana y boca amplia; también se encuentran ollas pequeñas con bordes salientes, cuencos con adornos zoomórficos en el borde, y varias ollas y cuencos de forma cuadrada o romboidal. Varias grandes ollas que fueron usadas como urnas de enterramiento son representaciones antropomorfas con rasgos faciales, brazos y piernas aplicados y modelados. Es común la decoración incisa combinada con modelado, así como la pintura roja y blanca sobre rojo en diseños similares a los incisos. Una fecha temprana, obtenida en un banco del río Ariari cerca de Puerto Caldas, es de 2710 A.P., mientras que una posterior obtenida en Granada corresponde al 1140 A.P. El autor encuentra que la cerámica es muy homogénea y no explica las posibles diferencias entre materiales con una considerable distancia cronológica entre sí. Otro hallazgo en la misma zona, el cual fue imposible fechar, corresponde al poblado de Puerto Santander, donde se encontró un cementerio con gran cantidad de urnas, algunas de ellas antropomorfas, así como ollas y cuencos correspondientes al mismo estilo ya mencionado (López y Mora, 1990). En su interior, huesos calcinados atestiguan la práctica de incinerarlos difuntos, que fuera descrita por el cronista Aguado.

En años recientes, una prospección realizada en el río Guayabero logró identificar elementos complementarios a los ya relacionados, indicando la máxima extensión meridional hasta ahora registrada para estas gentes. López (1993) registró 9 sitios, efectuando cortes detallados en dos de ellos. En el sitio de Angosturas 1, y asociada al mismo estilo cerámico ya relacionado, se obtuvo

una fecha de 1670 ± 100 A.P. Adicionalmente se hallaron instrumentos líticos para molienda, yunques y golpeadores.

Es evidente que la ocupación prehispánica de esta región de piedemonte y llanos altos del sur del Meta tiene un componente selvático. Sin embargo la diversidad de formas de ocupación y de aprovechamiento de los recursos así como el control de diferentes subregiones del paisaje por parte de la misma etnia, como las terrazas en varios niveles, planos aluviales, sabanas interfluviales y piedemonte cordillerano, implican una prolongada ocupación de estas áreas, lo cual llevó a su aprovechamiento integral.

Las investigaciones recientes corroboran la diversidad y complejidad de los asentamientos prehispánicos, muchos de los cuales prolongaron su existencia hasta bien avanzado el siglo XVII. La correlación de informaciones tales como la localización de asentamientos, testimonios etnohistóricos y de cronología establecida con base en análisis de radiocarbono de los yacimientos arqueológicos, hizo posible la delimitación de un territorio habitado por la etnia de los Guayupe. En síntesis, los investigadores expresan al respecto:

“Así se pudo identificar un estilo cerámico con una etnia de principios del siglo XVI, proponiéndose algunas pautas de poblamiento, de acuerdo con la especialización económica de cada conjunto habitacional. Con lo anterior se indica la existencia de una fuerte cohesión política en el interior del territorio, así como un intercambio de productos; éste para elementos como el algodón, abarcaría de igual forma a otros grupos (los Muisca del altiplano).

El área que se encontraba ocupada por estos indígenas durante el siglo XVI y con toda posibilidad en los antecedentes, comprende algo más de 42.000 kilómetros cuadrados y representa una alta complejidad...”. (Mora y Cavelier, 1985).

En el piedemonte del Meta los Guayupe tenían sus viviendas o bohíos, que “son largos y de vara en tierra, a quien los españoles llaman caneyes, en donde habitan y moran muchos indios casados juntos y su dormir es en hamacas de algodón o de Damazagua” (Aguado, 1930; Tomo II, p. 146). Las tierras altas, libres de inundación, y las tierras bajas, conformaron el territorio de esta etnia:

“La provincia de los Guayupes, cuya región y tierra participa de los altos de la cordillera y de lo bajo de los Llanos; porque desde donde el pueblo (San Juan de los Llanos) está puesto para arriba, está toda la serranía que cuelga y depende de la cordillera, donde toda la más de esta gente Guayupe, están poblados; la cual es tierra no muy escombrada ni rasa, porque a partes tiene y cría en sí grandes montañas y partes sabanas”. (Aguado, 1930; Tomo II, p. 136).

La yuca y el maíz, lo mismo que bienes provenientes de las actividades de la caza y la pesca, fueron la base del sustento de los Guayupe:

“los mantenimientos de estos Guayupes son yuca, maíz, cazabi y pescado y carne de venado que, como dije, se matan en esta tierra muchos, puercos de monte que llaman vaquira y todas otras comidas; empero, su principal sustento es el beber y todo lo más del maíz y yuca que cogen lo desprenden en hacer sus brebajes”. (Aguado, 1930; Tomo II, p.149).

A la producción y consumo de estos bienes correspondió un sistema de creencias y nociones asociadas con el movimiento astral durante el año, dentro del cual les fue posible determinar los períodos de lluvias y los signos de fertilidad y abundancia, directamente ligados con los ciclos agrícolas, de pesca y de caza:

“Cuando la luna trae consigo un cerco redondo que la ciñe toda icen que es señal de gran fertilidad y abundancia de comidas, y espera muy prósperos temporales y cuando el cerco de la luna es quebrado o medio lo tienen a muy mala señal; así de hambres como de enfermedades y otras

calamidades, y para quitar estos males que por el prodigio de la luna entienden que les han de sobrevenir, salen de sus casas y comienzan a soplar a todas partes, con el cual soplo dicen que echan la futura calamidad fuera de su tierra, y tras e stos hacen grandes ayunos, con las cuales cosas ellos están satisfechos que todo punto hacen cesar aquellas cosas que imaginan haberles de sobrevenir por la señal de la luna". (Aguado, 1930; Tomo II, p. 157).

Rituales y fiestas celebraban los Guayupe para honrar a Inainigui quien les "ha dado y da todos los mantenimientos de yuca, maíz, carne, pescado y otras cosas para su sustento" (Aguado, 1930; Tomo II, p. 156). También acostumbraban a tomar la yopa y el tabaco, lo primero, una semilla o pepita de árbol y lo otro "es cierta hoja que crían, ancha, larga y vellosa, y esto lo toman en humo, unas veces por la boca y otras veces por las narices" (Aguado, 1930; Tomo II, p. 151). También, con motivo del entierro de sus muertos celebran ceremonias los Guayupe, para las que se adornaban con "ricos atavíos y chagualejas o joyas de oro y cuentas hechas de caracoles y algunos cobertores de plumas". (Aguado, 1930; Tomo II, p. 153).



Puntas metálicas de flechas para la pesca. La caña se obtiene de la 'cañaflecha' o "cañabrava (*Gynertum sagitsarum*).

Foto: Femando Urbina

En cuanto a las relaciones de los Guayupe entre sí y con sus vecinos Aguado expresa que: "es gente que se hace muy poca guerra la una a la otra, ni aún a las naciones comarcanas, antes procuran vivir en ocio y quietud". (Aguado, 1930; Tomo II, p. 149)..

El sedentarismo, el aprovechamiento de tierras altas y bajas, lo mismo que un desarrollo de la agricultura complementada con la caza, la pesca y la recolección, fueron característicos de esta etnia.

Similar a este esquema es la propuesta de Lathrap (1970), quien destaca que la cultura de selva tropical surge tempranamente como un desarrollo amazónico basado en el cultivo de raíces, en el cual no participaron agentes externos. Estas perspectivas, más allá de la preocupación por los movimientos de población y las influencias de una cultura o región sobre otra, señalan la necesidad

de encontrar explicaciones para los desarrollos autóctonos a partir de ocupaciones tempranas en los mismos llanos, sin restar importancia al hecho de que se dieron relaciones entre diversas gentes provenientes de ambientes y culturas distintos, lo cual enriqueció tales procesos.

En la misma "provincia" donde más tarde se fundara San Juan de los Llanos, y vecino de los Guayupe, tuvo su territorio la nación de los indios Saes, "que' en algunas cosas difieren y varían de las costumbres de los guayupe porque en todo lo demás casi son uniformes y así no habría mucho que decir de ellos". (Aguado, 1930; Tomo II, p. 159).

"Grandes trabajadores y agricultores", tuvieron los Saes por principal comida la yuca, batatas, pan de maíz y pan de yuca, lo mismo que maní, frijoles y "otras legumbres de poca sustancia, con que viven tan contentos y lucios y gordos como otras naciones con sus opulentas comidas". (Aguado, 1930; Tomo II, pp. 159, 161, 162).

Según Aguado, en cuanto a vivienda, ceremonias y concepciones, los Saes guardaban semejanza con los Guayupé. Sin embargo, aquellos, "gente robusta e indómita y fugitiva", fueron enemigos de los españoles a quienes opusieron resistencia, negándose a su "tratado, conversación y amistad", actitud opuesta a la asumida por los Guayupe frente a los invasores.

Fueron fundamentalmente los territorios Guayupe y Saes los que sirvieron de punto de escala y de sustento a la mayor parte de los grupos invasores durante el siglo XVI. Esta circunstancia explica en parte el hecho de que se haya tenido descripciones detalladas de ellos. No ocurrió lo mismo con otras etnias, como los Omeguas, que ocupaban entonces territorios entre los ríos Meta, Guayabero y Guaviare. (Mora, Cavelier, 1985; pp. 2 1-56).

Es posible sin embargo obtener de la obra de Aguado nombres y referencias breves sobre otros grupos y pueblos, de los que poco se puede inferir con relación a su economía y organización social. No obstante, esas referencias nos sugieren una más vasta ocupación de los Llanos y diversas formas de adaptación que replantean la concepción tradicional de un nomadismo asociado a prácticas caníbales de grupos en estado salvaje", concepción ésta difundida y esgrimida por "huestes conquistadoras" y más tarde por misioneros para justificar la guerra contra aquellos.

Referencias en torno a la "provincia" de los indios Eperiguas o pueblos como el del cacique Buzama y el denominado Capoquingua, establecido en la cumbre de un alto cerro, lo mismo que el conformado por ocho grandes casas en la banda sur del río "Guayare"; "con buen golpe de gente" y el de Barranca Bermejas con "veinte grandes casas de morada", dan testimonio de la diversidad étnica y de sus asentamientos en los Llanos en el siglo XVI. Otros, mencionados por el mismo cronista, como los ubicados en lo que más tarde los españoles llamaran Valle de San Jerónimo, "de razonable disposición de tierra y de algunos poblezueros", o el aledaño a un río "que tenía cantidad de labranzas de yuca, maíz y batatas donde se 'holgar5n los españoles", más las tierras de los indios de Papamene Choques, estos virtualmente establecidos dentro de los límites territoriales de los Guayupe, confirman esa diversidad (Aguado, 1930; Tomo II, pp.165, 172, 173, 176, 181, 191; Tomo I, p. 324).

El poblamiento del piedemonte de los llanos del Casanare también sugiere una gran complejidad económica y cultural, gracias a los distintos asentamientos de etnias que allí habían prosperado hasta el siglo XVI.

Los Tunebo, cuyo territorio en la parte sur limitaba con el de los Muiscas, tuvieron sus asentamientos durante el período prehispánico en la vertiente oriental de la Sierra Nevada del Cocuy y en tierras planas del Llano (Langebaek, 1985; p.5). Estos asentamientos que constituyen virtualmente un caso característico de la estrategia de verticalidad, lo que le ha permitido a esta

etnia acceder secularmente a recursos de diferentes pisos térmicos, parece muy a pesar de las evidentes presiones que históricamente sobre ella y sus territorios se han ejercido:

“En las laderas de La cordillera, los agricultores Tunebo aprovechan los diferentes pisos ‘térmicos desde el llano propiamente dicho, hasta las tierras frías y el páramo. Cada unidad familiar posee viviendas y sembrados en los pisos medio y alto que habitan en forma sucesiva y también se desplazan periódicamente a las tierras planas del llano en busca de productos de pesca y recolección”. (Ortiz, Pradilla; 1984; pp. 4,5).

La vecindad espacial entre los Tunebos y Laches ha generado dificultades en la delimitación de los sendos territorios que ocupaban en el siglo XVI:

“En el área del Güicán, cerca del cacicazgo de Pan queba sujeto al Cocuy, tenía sede un grupo llamado Tunebo, probablemente constituido por indígenas de la Nación tuneba de Guaycana que figura como una parte del cacicazgo de Panqueba en documentos coloniales de finales del siglo XVI y comienzos XVII”. (Langebaek, 1985; p.3).



Pimpina. Alfarería-indígena antropomorfa y muy decorada de los grupos Guahibo.

Vichas Foto: Roberto Marín

Langebaek advierte la necesidad de establecer una diferenciación entre Tunebos y Laches en virtud de confusión que al respecto subsiste, sirviéndose para el de las referencias existentes en fuentes tempranas:

“Las fuentes tempranas, especialmente en las crónicas, se habla de Ladies pero no de Tunébos. Luego, en papeles más tardíos se hace frecuente referencia a los Tunebos como nación rebelde en oposición a los indígenas ladinos reducidos al sistemas de encomienda, a la vez que se les ubica en una gran diversidad de sitios como los alrededores de Chita, las cabeceras del río Cravo, Labateca y “en general” en todo el piedemonte desde Labranzagrande, al sur, hasta alcanzar territorio veúezolano.

Según La información disponible, parece probable que inicialmente se llamara Tunebos a los indígenas pertenecientes al cacicazgo Lache de Panqueba cuya sede principal está en Ciüicán (el mismo Guaycana), pero que con el tiempo el nombre se generalizaría a todos aquellos indígenas, no necesariamente de la confederación del Cocuy, libres de dominio español en la sierra, corroborando la hipótesis de Triana en el sentido de que los Tunebos actuales “posiblemente fueron derivados de los Laches de Güicán” (Langebaek, 1985;pp. 3,4).

Estas y otras dificultades que han surgido en la delimitación de los espacios étnicos de la primera mitad del siglo XVI, obedecen en gran medida a los desplazamientos y cambios ocurridos desde que la presencia de los europeos se insinuara y se expresara en estos territorios. Sin embargo, existen todavía múltiples posibilidades de responder los interrogantes que han ido surgiendo en los últimos años y planteados especialmente a partir del avance de las investigaciones arqueológicas. El acceso a nuevas fuentes documentales como, por ejemplo, la revisión de los testamentos de los caciques del siglo XVI (Gaspar, 1596; Tomo 21), conduciría a respuestas pertinentes.

Estrategia similar en cuanto al manejo de diferentes pisos térmicos para el acceso a diversos productos, parece haber sido la .de la confederación del Cocuy durante el período prehispánico, según estudios, recientes:

“El territorio de la confederación del Cocuy incluía los flancos occidental, oriental y sur de la Sierra Nevada de este mismo nombre y abarcaba pisos térmicos- desde Las nieves perpetuas hasta los llanos orientales, es decir, tierras de páramos (3.000 y más m.s.n.m.), frías (2.000-3.000 m.s.n.m.), templadas (1 .000-2.000m.s.n.m.), y cálidas (hasta 1 .000m.s.n.m.). Más que ninguna otra parte de la cordillera oriental de Colombia, el territorio ocupado por los Laches se caracteriza por su enorme variedad de nichos ecológicos como resultado de variaciones ‘en altura, régimen de lluvias y fertilidad de las tierras”. (Langebaek, 1985; p. 2).

La revisión de la información documental del siglo XVI relacionada con el Cocuy permite inferir su importancia económica durante el período prehispánico, virtualmente por su condición de centro de intercambio, clave en la circulación de productos provenientes de las tierras bajas y medias (de los Llanos), dirigidos hacia las tierras altas (territorio Muisca, Tunebo y Lache especialmente), lo mismo que de otros bienes que circularon en sentido contrario, es decir, de las tierras altas hacia las medias y bajas.

El papel del Cocuy como centro importante de intercambio y circulación de bienes diversos durante el período prehispánico, se explica precisamente por su ubicación privilegiada, en razón de limitar su territorio de un lado con sectores étnicos muisca (de Sogamoso y Duitama) y del otro, con múltiples etnias vecinas:

“En el flanco oriental, por su parte, los cacicazgos del Cocuy tenían por vecinas a varias comunidades, tal vez étnicamente emparentadas, pero que no habían alcanzado un desarrollo político considerable, como sería el caso de Támara y Tecasquirá que no eran sujetos a nadie, así como con diversos grupos achaguas y caquetíos que vivían en el llano propiamente dicho.” (Langebaek, 1985; p. 2).

Ya hemos sugerido en párrafos anteriores la operancia de vínculos entre diferentes etnias. Efectivamente los llanos altos y bajos constituían el hábitat de distintas naciones indígenas cuya red de relaciones (regionales e interregionales) las integraba a espacios más amplios, permitiéndoles el acceso a recursos, como los producidos en los altiplanos andinos y otros de selva húmeda tropical, de la región amazónica. A su vez, las sociedades indígenas llaneras suministraron importantes materias primas y bienes a sociedades vecinas y virtualmente a otras establecidas en territorios más distantes.

Algodón, miel, yopo, tabacó, aceite (extraído de huevos de tortuga), ají, plumas, maní, fueron algunos de esos bienes que sirvieron a las etnias del Llano para obtener otros como la sal, objetos de oro, mantas, etc., testimonios tempranos confirman la existencia de relaciones de intercambio y aun los orígenes y los destinos de los productos:

“Andan desnudos en carnes los indios Guayupes no porque les faltaría algodón de que hiciesen vestidos, mas por ser ellos en sí lajativos y de poco trabajo, y también como la tierra es tan cálida que jamás se siente frío en ella, aunque sea tiempo de muchas aguas, no hay rigor de frío que los compela a abrigarse como a otros indios de tierras frías, como son los de Santa Fé, Tunja y Vélez, que aunque en los naturales Moxcas no se coge ningún algodón, ellos por abrigarse y tener con que cubrir sus carnes lo traen de estos llanos y gente que junto a ellos habitan”. (Aguado, 1930; Tomo 11, p.145).

Otras referencias sobre los Cuayupe señalan su utilización de “anchas trenzaderas de algodón”, “hamacas de algodón” y su costumbre de consumir “yopa” y “tabaco”, hábito este muy generalizado en todo el Nuevo Reino. En este ámbito de las relaciones de intercambio, llama la atención la utilización entre los Guayupe de “joyas de oro y cuentas hechas de caracoles” lo que sin duda obtenían de otras etnias, mediante trueque con algodón, yopo y tabaco. Obsérvese, en consecuencia, que los Guayupe no tuvieron tradición como orfebres ni como tejedores (Aguado, 1930; Tomo II, p.p. 145, 146, 151, 153).

Langebaek expresa sobre la naturaleza de estos intercambios que “los muisca adquirían productos de las más diversas procedencias, como totumos, yopo, guacamayos, algodón, miel y cera de los llanos orientales” (Langebaek, 1985; p. 20). El mismo investigador en otro de sus trabajos reitera y amplía su afirmación anterior:

“las relaciones de intercambio con la región de los llanos orientales parecen haber sido importantes. Al igual que para los Muisca, las planicies del oriente resultaron supremamente atractivas para los indígenas de la sierra que allí podrían obtener una gran variedad de bienes que no conseguían, o escaseaban, en su territorio. El piede monte se describe en documentos de archivo y relaciones de cronistas y viajeros, como una región muy rica en yopo, miel, cera, cueros de felino, algodón, coca, totumos, guacamayas y papagayos, así como maní. Los indígenas caquetíos producían algodón, miel, aves de plumería, totumos, coca y yo po, en Chipa había excedentes de miel y pescado y en Guicureo y Chuaca los indígenas conseguían guacamayos y papagayos para trocarlos por mantas”. (Langebaek, 1985; p.16).

De informes sobre el Nuevo Reino de Granada se infiere la existencia de relaciones, durante el período prehispánico, de los grupos de los Andes con los de la vasta extensión de los Llanos y Orinoco:

y aunque de aquellos ámbitos de tan basto [sic] dominio en más de 1.500 leguas, habitado de bárbaros indómitos, hay varias noticias de las que con sus experiencias tuvo Francisco de Utre y de que pasasen a ellos los de la provincia de los ANDES con toda su riqueza antes que los españoles pacificasen los del Perú”. (Tienda de Cuerdo; 1734, folios: 50,51).

Los indios de Cabalo, en los Llanos, que años después harían parte de la jurisdicción del Santiago de las Atalayas, tuvieron tradición como tejedores, con acceso directo a la materia prima, algodón, lo que más tarde contribuyó a su sometimiento y menoscabo: “en la ciudad de Santiago de las Atalayas, los achagua... encerrados, atareados todo el día en desmontar e hilar algodón, más oprimidos y sujetos que si fueran esclavos...”. (Ospina Vásquez, citado por Romero, María Eugenia, 1983).

Dentro del conjunto de las relaciones de intercambio antes señaladas, la sal tuvo un lugar preponderante en los hábitos de coconsumo de los grupos étnicos del Llano durante el período prehispánico (Langebaek, 1985; pp. 22,23). A ese mismo recurso, a su producción y circulación, estuvieron íntimamente asociados procesos posteriores, como el del ingreso y consolidación de las misiones en el piedemonte llanero y el del surgimiento y expansión de la frontera ganadera. Si bien núcleos como Zipaquirá, Nemocón, Gachetá, Taura y Vijua se habían especializado en la producción de sal, este producto lo obtenían los grupos del Llano del “pueblo de la sal”:

“En el territorio de la confederación del Cocuy, parte importante de las actividades económicas se orientaba a la explotación de sal en el ‘pueblo de la sal’, en el alto río Casanare, cuyos indígenas declararon en 1571, ‘hacer sal y cocerla’ para darla a comunidades vecinas a cambio de mantas, algodón y carne. Al pueblo de la sal’ acudían miembros del cacicazgo del Cocuy con maíz, papas y frijoles para conseguir el producto, así como los de Sacama quienes obtenían algodón en los llanos ‘a trueco de sal que llevan del dicho pueblo’”. (Langebaek, 1985;pp. 21, 22).

Las rutas y destinos de la sal y de muchos otros productos, hacen suponer itinerarios más extensos e intensos que no sólo cubrían los Llanos en distintas direcciones. Estos sugieren vínculos efectivos con áreas más distantes e inclusive con sociedades asentadas en las costas, cuya comprobación contribuiría a despejar importantes interrogantes en tomo a la presencia de ciertos grupos humanos en los Llanos y la Amazonia. Frecuentes desplazamientos de sectores indígenas desde el bajo Orinoco hacia el interior’ de los Llanos en busca del “hombrecillo de oro” y la evidencia de haberse hallado en su poder piezas del “precioso metal”, confirman la gran extensión de las redes de intercambio. En las crónicas mismas de Castellanos, Piedrahita y Simón, se afirma “que por el río Casanare circulaban mantas, panes de sal y figuras de oro provenientes de la cordillera en cuyo rastro vinieron a salir a los pueblos de... Cocuy y Chita...”. (Langebaek, 1985; p. 17).

La circulación de éstos y de muchos otros productos con base en los cuales se generaron redes comerciales regionales e interregionales (Morey, 1975; Langebaek, 1985), señala las dimensiones de un universo prehispánico dinámico, complejo y más integrado que el de simples hordas y bandas salvajes errantes, sin ninguna adaptación y compenetración con su medio y sin otro vínculo con sus vecinos que no fuera el de la guerra y la antropofagia.

El estado actual de los estudios arqueológicos, lo mismo que las contribuciones de trabajos sobre arte rupestre y de la investigación etnohistórica sobre los Llanos Orientales colombianos posibilitan el conocimiento en su conjunto de dinámicas económicas regionales diferenciadas y ofrecen importantes pautas para la comprensión de intensas relaciones interregionales.



Plumas direccionales para flecha.
Esas plumas se obtienen
de guacamayas y gallitos de roca.
Foto: Fernando Urbina

Mora, después de evaluar los resultados de las investigaciones arqueológicas, cuestiona precisamente una de las visiones más difundidas sobre los Llanos y plantea, a manera de conclusión, la existencia de sociedades más complejas:

«Todo lo anterior permite desechar la visión que se tuviera de los Llanos Orientales, como territorios ocupados a lo Largo de los tiempos por pequeños bandas de cazadores nómada s, sin asentamientos permanentes y con una baja cohesión socio-política. Por el contrario, se erige ante nuestros ojos La existencia de ‘nuevos’ sistemas de agricultura, una alta población , un intrincado sistema comercial y la existencia de cacicazgos». (Mora, 1985; p. 9).

RELACIONES DE CONTACTO: LOS INICIOS DE LA DESESTRUCTURACION DE LAS SOCIEDADES ABORIGENES

En la primera mitad del siglo XVI varias expediciones europeas habían ingresado ya por distintos frentes al territorio llanero. La expedición orde[nada por Gonzalo Jiménez de Quesada con el propósito de establecer la ubicación de las minas de esmeraldas, llegó hasta la provincia y señorío del cacique de Somoridoco Esta expedición, encabezada por el capitán Pedro Fernández de Valenzuela, observó desde el sitio de las minas “una anchura y llanura de tierra apacible a sus ojos que, con el deseo y codicia que tenían de haber otra cosa mejór y mas rica que la de la fortuna les había puesto en las manos, se les figuraba que la que veían no podía dejar de ser tierra muy próspera y de mucho valor”. (Aguado, 1930; Tomó I p. 197). Aguado refiriéndose a este suceso expresa:

“Era esta llanura que desde estas minas veían, los llanos que ahora dicen de Venezuela, tierra toda anegadiza y de rara y paupérrimas poblaciones, y muy enferma por los malos aires que en ella corren, mediante los gruesos y corruptos vapores que de las tierras anegadizas y lagunas se levantan y congelan”. (Aguado, 1930; Tomo 1, p. 197).

Informado Jiménez de Quesada de la veracidad de la existencia de las minas de esmeraldas y de las llanuras que sus súbditos habían observado, se dirigió hacia Somondoco de donde envió al Capitán San Martín y a otra gente de a pie y de a caballo a descubrir y a ver lo que era la tierra llana:

“El capitán San Martín siguió su descubrimiento y viendo la mala disposición de la tierra por do iba, envió a decir al general que no curase de seguirle, porque no había disposición de tierra por donde iba para poder pasar con su gente; porque, demás de ser agria y doblada, era muy estéril y falta de comida...”. (Aguado, 1930; Tomo I, p. 198).

Entre tanto, Nicolás de Federman, Teniente de Jorge Espira (gobernador éste de Venezuela y quien también había entrado a los Llanos en demanda de El Dorado) saliendo de la ciudad de Coro y después de visitar las provincias de Pacabueyes y Valle de Upar, prefirió seguir su descubrimiento por la vía de los llanos de Venezuela, llegando al pueblo de Nuestra Señora, donde más tarde se pobló la ciudad de San Juan de los Llanos. Desde allí remontó la cordillera e ingresó a las tierras de Pasca, jurisdicción del cacique Moxca, sufragáneo de Santa fe, donde entró en relación con Jiménez de Quesada.

Espira había perdido contacto con su Teniente Federman al haberse equivocado de ruta. En consecuencia envió a su capitán Montalvo de Lugo desde Coro, con el fin de dar aviso a Federman y a su gente, para que no se perdiese. Encargado de esta misión, el capitán Montalvo llegó a la provincia de Barquisimeto de donde se desemboca a los Llanos. Estando en esa provincia se encontró con el Capitán Reinoso a cuyo cargo, había auedado parte de la gente de Sedeño, Gobernador de Trinidad, que había llevado desde la costa de Maracapana y Cabahua en busca del Meta.



Indígenas Puinaves del río Inírida. Foto: Fernando Urbina

Muerto Sedeño en esta expedición, fue elegido Reinoso Capitán General y después de haber enfrentado muchas dificultades, casi “perdido y desbaratado”, volvió atrás, llegando a Barquisimeto donde fue puesto presa por Montalvo, y enviado a Coro para que de allí lo despachasen a Santo Domingo para ser juzgado por presuntas resistencias y desacatos a jueces de la Audiencia.

Montalvo, sumando la gente de Reinoso con la suya, ingresó a los Llanos en busca de Federman, “donde pasó su gente por el yugo y trabajo que los demás sus antecesores en esa derrota habían pasado, con hambres y enfermedades y muertes, así de tigres como de caimanes y otros infortunios que consumían a los hombres (Aguado, 1930; Tomo 1, p. 321). Antes de llegar al pueblo de Nuestra Señora, por donde Federman había transitado, indios de la sierra le informaron de la existencia allí de españoles y atravesando la cordillera llegó a Tunja donde estableció estrecha relación con Hernán Pérez de Quesada, jefe supremo de esa tierra, en ausencia de su hermano, Gonzalo Jiménez de Quesada.

Pérez de Quesada, animado por Montalvo de Lugo, promovió la idea de organizar una gran expedición para descubrir El Dorado, “...o de cierta noticia adelante de los Choques y Papamene, a quién atribuyeron este nombre de Dorado. Porque como el capitán Montalvo había andado en toda la jornada con el Gobernador Jorge Espira, había visto las noticias que los indios de Papamene y

Choques les habían dado de que adelante de aquella mala tierra había infinitas gentes que poseían gran cantidad de oro y plata, y en el reino había en este tiempo gran número de gente y todo en él no se podría sustentar sin notable daño de los naturales, fue fácilmente Hernán Pérez determinado de juntar gente e ir en demanda de las tierras que el capitán Montalvo le decía, en las cuales, como he dicho, le prometía gran facilidad, así de riquezas como de naturales” (Aguado, 1930; Tomo 1, pp. 321, 322).



Cocina típica de la cultura Curripaco. El perro busca el fuego para contrarrestar el frío biológico producido por la alta humedad.

Foto: Femando Urbina



Pueblo de indígenas deculturados a orillas del río Inirida: Este tipo de ptieblos crea numeroso problemas ecológicos, nutricionales y sanitarios para sus habitantes.

Foto: Femando Urbina

Fue esta quizá la expedición más numerosa que ingresó a los Llanos. Estuvo conformada por doscientos ochenta hombres bien aderezados, de los que habían hecho parte tanto de las filas de Jiménez de Quesada, como de Federman, Belalcázar, Lebrón y de las que había traído consigo Montalvo. Para la misma expedición fueron reunidos entre ocho y diez mil indios e indias Moxcas, como cargueros y ayudantes de tropa.

En el mes de septiembre de 1540, Hernán Pérez de Quesada y los capitanes Montalvo, Martínez y Maldonado, partieron con su tropa e indios de Santa fe hacia el pueblo de Nuestra Señora, en los Llanos, atravesando la cumbre de los páramos de Pasca, donde sufrieron las primeras bajas por temporal de frío.

Después de reponerse a tropa en el pueblo de Nuestra Señora, esta avanzó hasta el río Guanayare y cruzándolo llegó posteriormente al río Papamene, “que está a la entrada de las montañas por donde Hernán Pérez rehusó entrar temiendo su perdición y la de su gente” (Aguado, 1930; Tomo 1, p. 323). Siguiendo la descripción de Aguado (y por la descripción que él mismo hace del río Papamene y del curso de éste) “las montañas” a las que Hernán Pérez incursionó con su gente eran precisamente las de la Sierra de la Macarena.

Después de las muchas dificultades que vivió esta expedición de Hernán Pérez, unos pocos de los que la conformaban lograron ascender al valle de Sibundoy donde se integraron a los grupos de conquistadores que algunos años antes habían ingresado desde el Perú con Belalcázar para la conquista de lo que más tarde sería la Gobernación de Popayán. El fracaso rotundo de esta expedición lo describe detalladamente Aguado y ,lo resume en uno de los apartes de su obra:

“Perdió Hernán Pérez de la gente que sacó del Nuevo Reino, desde que se metió por las montañas de Papamene y Choques hasta que llegó al Valle de Sibundoy, pasados de cien españoles y más de ocho mil personas de indios e indias y la mayor parte de los caballos que todos fueron muertos de hambre y ahogados en ríos y de enfermedades que por la mala constelación de la tierra les daban y a manos de indios”. (Aguado, 1930; Tomo I,p. 331).

Una reflexión en torno a las características de las expediciones que hasta aquí hemos relacionado, nos permite de manera preliminar determinar el interés de las mismas en la búsqueda de minerales preciosos, es decir, lo que históricamente se conoció como la búsqueda de “El Dorado”. De otro lado y en estrecha relación con tal búsqueda, las incursiones a los Llanos tuvieron un efecto desintegrador y devastador sobre las distintas etnias indígenas que hasta entonces habían entrado en contacto con tales expediciones, como bien puede interpretarse’ del texto que a continuación citamos:

“... donde comúnmente los españoles solían llamar el pueblo de Nuestra Señora, pareció tierra de buena disposición para tener minas de oro, y en ella había cantidad de naturales, aunque no muchos, los cuales después vinieron a ser menos; porque como todas las compañías de los españoles que salían antiguamente a descubrir y venían bajando la Sierra iban a parar y descansar en esta provincia de estos Guayupes y pueblo de Nuestra Señora, y en aquel tiempo se hacían esclavos los indios, demás de esto no tenían cuasi por escrúpulo matar, ni maltratar, ni castigar, ni cargar, ni sacar de sus naturales los indios, fueron estos pobres Guayupes muy arruinados y destruidos así de sus personas, mujeres e hijos como de sus casas y haciendas; porque antes de Federmán estuvo en ellos alojado el gobernador Jorge Espira, con más de trescientos hombres muchos días, y después de él estuvo el Teniente Federmán con ciento setenta hombres y después de Federmán estuvo Hernán Pérez de Quesada, que salió del reino en demanda del Dorado con más de doscientos hombres y más de ocho mil indios Moscas, que son ruina y asolación de todo lo que por delante topan; y después de Hernán Pérez de Quesada estuvo el General Felipe de Utré con otros cien hombres; y toda esta gente se sustentaba en tiempo que en esta provincia de los Guayupes esta de lo que los míseros indios tenían para su sustento y cada cual de estos capitanes y de sus soldados procuraron haber y tomar lo s indios que podrían de esta provincia y nación para que les sirviesen; pues gente tan combatida fue y tan salteada y llevada en cautiverio ,imposible es que quedase mucha de ella, porque considerados los daños que en aquellos tiempos se hacían en los indios tan libre y atrevidamente, es imposible que estos Guayupes, habiendo estado en ellos las compañías de gentes que se ha referido, no dejase de ser tan atribulados y destrozado cuanto he significado y mucho más (Aguado, 1930;Tomo II’, pp. 117,118).

En este orden de ideas, la caracterización de las relaciones de contacto entre las expediciones europeas y los grupos étnicos del Llanos que las padecieron en el

transcurso del siglo XVI y primeras décadas del siglo XVII, no corresponde a la noción de conquista. Si se observa el carácter de paso transitorio de las expediciones y su objetivo principal,

alcanzar “El Dorado”, debe excluirse la idea de la acción conquistadora en los Llanos. La incursión de tales expediciones allí, no generó un control permanente de carácter militar, político y social de las sociedades indígenas o de un número significativo de miembros de éstas, como sí aconteció, por ejemplo, en territorio Muisca, donde fue posible, en el mismo siglo XVI, la instauración y el funcionamiento de la encomienda.

En contraste con lo ocurrido en el territorio Muisca, en los Llanos los “repartimientos” de indios fueron escasos. Las pocas encomiendas que se concedieron, lo fueron más de nombre, pues no rindieron los frutos (tributos) esperados por sus titulares, en virtud de las dificultades que éstos encontraron para “poner en policía” a sus tributarios y en razón de otras causas estructurales relacionadas con las formas de ocupación del espacio y de aprovechamiento tradicional de los recursos de la región.

Los repartimientos otorgados afectaron, dentro del conjunto del extenso territorio llanero, tan sólo a la escasa población nativa adscrita a las entonces restringidas jurisdicciones de Támara y Santiago de las Atalayas.

La administración de estas encomiendas fue delegada en algunos casos a mayordomos que en ausencia de sus titulares carecieron de poder efectivo para el control y funcionamiento de las mismas (Jiménez de Quesada, 1565). En otros casos, surgieron prolongados pleitos y disputas entre quienes se consideraban con méritos para acceder al título de una misma encomienda (Sánchez, 1593). Mientras se dio curso legal a dilatados trámites y probanzas, huyeron y/o se extinguieron los “naturales” tributarios o encomendados y, por supuesto, perdieron vigencia las encomiendas.

Pero otras causas también contribuyeron históricamente para hacer impracticable allí esta institución de la encomienda. En particular, la actitud de los indios frente a las formas de control y de dominación que se pretendieron instaurar (y entre éstas, las tendientes a someterlos al pago de tributo), no fue pasiva. Por el contrario, las sublevaciones indígenas precisamente de Santiago de las Atalayas en el siglo XVI (Rojas, 1590) constituyeron una respuesta frente al intento de los invasores por instaurar un nuevo orden.

El contacto entre los europeos y las sociedades indígenas de los Llanos que lo padecieron durante el siglo XVI, se tradujo en el despoblamiento de sus territorios étnicos, en virtud de la huida masiva de los nativos, de la esclavización, de las enfermedades, produciéndose, en consecuencia, la rápida desaparición de muchas de dichas sociedades.

Es posible determinar, para la época, la desocupación de territorios étnicos específicos (especialmente en el piedemonte del Meta), particularmente los ocupados por aquellas sociedades sedentarias que habían desarrollado la actividad agrícola. También, los miembros de los grupos afectados directamente por el contacto, al huir hacia la “tierra-adentro”, crearon presiones sobre otros espacios étnicos que aún no habían sido penetrado por las incursiones europeas del siglo XVI. Son frecuentes las descripciones en la obra de Aguado que permiten observar estos fenómenos de huida, dispersión, aniquilamiento y desaparición de los grupos involucrados en el encuentro con los europeos:

“.. y así marchó (Avellaneda) con su gente hasta llegar a un paralelo que los españoles llamaron de las Barrancas Bermejas, que tenía veinte casas grandes de morada en cuyas entradas había hechos algunos hoyos con estacadas en que los españoles cayesen y se estacasen. Los moradores de este pueblo, desde que vieron la gente que a él llevaba enderezado su camino, desarmaron sus moradas y huyeron...”. (Aguado, 1930; Tomo II, pp. 176, 177).

Pero no sólo el contacto en virtud de la presencia y de los “adelantamientos” europeos trajo como consecuencia entre los indígenas de los Llanos la huida y la dispersión de éstos. El contacto allí

revistió un carácter particularmente violento. Cuando Hernán Pérez de Quesada estando en los Llanos pretendió retornar (en vista de los reiterados tropiezos de su expedición), por él mismo camino que había ingresado, dos de sus acompañantes le aconsejaron no hacerlo, a causa de que toda la tierra que atrás dejaban era de poblaciones, y esas quedaban tan destruidas y arruinadas que se creían no hallarían en ellas ningún género de comida con que poder salir a lo raso y perecían todos de hambre en el camino” (Aguado, 1930; Tomo 1, p. 325).

Otras descripciones más patéticas, relacionadas con el aniquilamiento de indígenas, trae Aguado al referirse a los enfrentamientos de las tropas de Avellaneda con grupos indígenas de los Llanos:

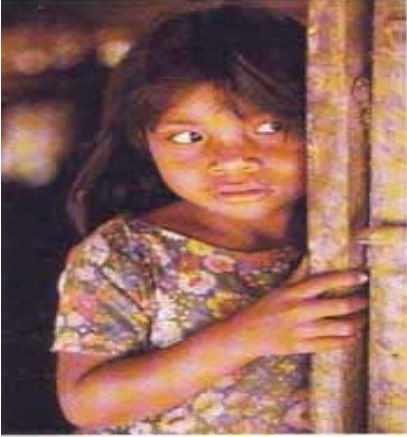
“y como los indios, prosiguiendo su huida, se fuesen retirando a una montaña que cerca estaba y fuesen en tanta cantidad que los unos a los otros se impidiesen huir y caminar, eran más damnificados de los soldados y negros que iban siguiendo el alcance, y matando y desjarretando otros dejaban el camino bien poblado de cuerpos de indios. Y añadióseles a los bárbaros otro daño mayor, y fue que como en el camino de la montaña estuviese atravesado un grueso árbol que les impedía el huir con ligereza, caían los unos sobre los otros, y en este lugar no les era a los que les seguían más matar indios que hormigas”. (Aguado, 1930; Tomo II, p. 176).

Bajo las características señaladas se produjo el contacto entre “blancos” e indios en los Llanos durante el siglo XVI. En ese contexto surgió una frontera móvil, es decir, un “espacio desocupado” o “tierra de nadie” (definido y redefinido constantemente, según la dirección, el ritmo y la intensidad de las penetraciones europeas), que separaba a los distintos grupos étnicos de la presencia y de la acción invasora. Esta frontera móvil se caracterizó por el avance de las incursiones de las expediciones, el aniquilamiento progresivo de los nativos y el desplazamiento de la mayoría de los grupos sobrevivientes en su intento por escapar a su extinción total.

Durante la segunda mitad del siglo XVI, las características de las expediciones que incursionaron en los Llanos se diferenciaron estructuralmente de las realizadas en la primera mitad del mismo siglo. En el año de 1555 Juan de Avellanada Temiño, con permiso otorgado por los Oidores para descubrir y aprovechar las minas de oro que encontrase, preparó una nueva expedición a los Llanos. Con este propósito, reunió en Santa Fe veinticinco españoles a quienes equipó con su propio caudal y emprendió la expedición que daría lugar a la primera fundación de San Juan de los Llanos, en 1556, teniendo como punto de iniciación el paraje conocido entonces por los españoles como Nuestra Señora.

Avellanada, que era encomendero y vecino de Santa Fe, había participado en calidad de soldado en la expedición de Federman y años antes de vincularse a las filas de éste había estado con el capitán Herrera en el río Uripaparia y luego había penetrado a las tierras de Cabagua, en compañía de Jerónimo Ortal. Después de recorrer muchas tierras incógnitas salió a la provincia de Tucuyo y Barquisimeto con Nieto y Alderete donde entró en relación con Nicolás de Federman y su gente.

Salió Avellanada de Santa Fe y cruzando la cordillera halló una población que estaba a la entrada del territorio de los Guayupes que le pareció propicia y de buena disposición para establecimiento y fundación. Allí hizo Avellanada contacto con su principal o cacique, llamado Marizaqua, persona estimada entre los Guayupe, contacto que realizó por medio de Juan de Gutiérrez de Aguillón que conocía bien la lengua y era encomendero de otro cacique más cercano a Santa Fe llamado Paz.



La niñez indígena mira su difícil futuro.

Foto: Fernando Urbina

Aguado en su narración permite advertir la existencia de diferentes etnias vecinas entre sí en el piedemonte llanero y sus relaciones de amistad e intercambio tradicional, que a su vez fueron aprovechadas por Avellaneda en su propósito de fundar una población en los Llanos:

“Este principal de la encomienda de Aguilón tenía antigua contratación y amistad con el cacique Marizagua, que iba así mismo con Juan de Avellaneda y la demás gente por cuya intersección y la importunación de Avellaneda el Cacique Marizagua envió hablar a ciertos principales de los Guayupes llamados Yaya y Qauere, Tamajagua, haciéndoles saber cómo estaban allí en sus pueblos los españoles dichos, que pretendían pasar adelante a sus poblaciones a vivir entre ellos y que según con él las muestras habían dado, era gente que ni hacía ni pretendía hacer ningún mal ni daño a los indios, antes les trataban bien y amigablemente y les daban de lo que tenían; entre los cuales venía Aguilón, español, a quien él tenía particular amistad y voluntad, y entendía que les sería favorable; y de que el principal o capitán de los españoles deseaba verlos en su amistad que le parecía que debían ganarlo por la mano y ser sus amigos y venirle a visitar; pues después de fuerza o de grado lo habían de venir a hacer”. (Aguado, 1930; Tomo II, p. 119).

En estas circunstancias y mediaciones los caciques Guayupes establecieron contacto con Avellaneda y su gente, quienes entregaron a los indios “rescates de españoles”, es decir, cuentas de vidrio y cuchillos en gratificación por su actitud de alianza. Esta relación se materializó en el poblamiento tanto de indios como de españoles de la una y otra banda del río Ariari respectivamente, quedando separados unos de otros por el cauce del río mismo, medida ésta aplicada por Avellaneda para evitar los desmanes de españoles contra los nativos.

Después del dispendioso recorrido de Avellaneda que le permitió estrechar relaciones con los Guayupe, debió emprender otro, en busca de minas de oro. “Los indios, como en esta provincia jamás lo acostumbraron a sacar, no supieron dar razón de lo que se les preguntaba y así estaba el negocio más ciego y oscuro de lo que Avellaneda quisiera”. Sólo sería un tiempo después cuando un grupo enviado por Avellaneda, compuesto por negros e indios, buenos lavadores y sacadores de oro, hallaron muestras de mineral de buen quilate en las cabeceras del río Ariari.

A partir de entonces le fue concedido el permiso legal para fundar, poblar y adelantar los «repartimientos de naturales» acostumbrados en estos casos, y así estableció una fundación (en 1556) siete leguas más adelante del establecimiento original en el río Ariari (de 1555) y que más tarde fue trasladada a tres leguas más abajo, en las riberas del río Guape, a una legua del pueblo que antes los españoles habían conocido como Nuestra Señora.

El proceso seguido de fundación, traslado y retraslado que caracterizó la existencia de esta población, una de las más importantes de las creadas en los Llanos en el siglo XVI (con Santiago de las Atalayas), obedeció a la dinámica propia de la actividad minera de aluvión, en tanto el agotamiento del mineral superficial obligó a la búsqueda de nuevos yacimientos y, en consecuencia, al abandono de las fundaciones iniciales. Esta circunstancia económica explica la vida efímera y, en general, el fracaso de las nuevas fundaciones que por entonces emprendió Avellaneda en los Llanos. También y bajo la misma perspectiva es explicable la poca prosperidad de las minas y el cuadro de ruina que por entonces presentaba ya San Juan de los Llanos, según lo expresado por el mismo cronista:

“De ella [Santafé] salió perdido [Avellaneda] y se volvió a vivir a San Juan de los Llanos, donde ha estado sustentándola hasta el día de hoy, aunque con trabajo suyo y de los españoles; porque los

indios y naturales de aquella provincia fueron después mucho menos de los que al principio parecieron, porque las minas de oro no salieron tan prósperas como pensaron y las muestras dieron y así ha sido este pueblo más destrucción y ruina de españoles, que por ir y venir a él y sustentarlo han perecido ahogados de ríos y muertos de indios y de fieras, que en pro ni utilidad particular ni general...". (Aguado, 1930; Tomo II, p. 134).

Persistió Avellaneda en sus intentos de ir a poblar en aquellos lugares donde encontrase minas de oro, siéndole otorgada licencia para buscar y descubrir el Valle de la Plata del que tiempo antes se tenía noticia entre españoles. Con este propósito salió con su gente de San Juan de los Llanos e ingresó a territorio de los indios Eperiguas donde cruzó el río Oma, alojándose más tarde en las riberas del Guayare. Después de sostener varios enfrentamientos con distintos grupos de indios y de fundar la ciudad de Burgos, de efímera existencia, cruzó la cordillera y transitó por el Valle de las Tristezas hacia Santafé, no sin antes haberse dispersado los pocos hombres que quedaban de su fracasada expedición.

Avellaneda regresó de nuevo a San Juan, donde ya pocos españoles acudían, hallando las minas abandonadas y un escaso número de indios. Desde entonces esta temprana fundación, que había perdido ya su importancia inicial como centro minero, dejaría también de ser el lugar usual de arribo y de encuentro de los expedicionarios que allí incursionaban en busca de El Dorado y perdería su importancia como eje del contacto y de asimilación de los grupos nativos.

San Juan de los Llanos corrió con una suerte similar a la de muchas otras fundaciones tempranas cuyo nacimiento, prosperidad y existencia dependieron en gran medida de sus yacimientos metalíferos, desapareciendo casi por completo cuando éstos se agotaron. Aguado advirtió precisamente desde entonces, la íntima relación de la vida de estas fundaciones con las posibilidades de aprovechamiento de sus minas:

“Y doy cierto que si el Capitán Avellaneda no hubiera de ordinario residido en este pueblo, entiendo que se hubiera despoblado, porque en semejantes pueblos o ciudades, en faltando los fundadores de ellas, que los procuran sustentar por su propia honra, luego son perdidos y los que tienen minas de oro e indios y las minas durasen”. (Aguado, 1930; Tomo II, p. 199).

El aislamiento de San Juan de los Llanos de centros de poder español, en proceso de consolidación, como Santafé, Popayán o Tunja, hizo más vulnerable su existencia. Sólo sería durante el siglo XVII y en el transcurso del siglo XVIII, cuando grupos misioneros realizaron intentos por fomentar pueblos (de indios o «reducciones») en los Llanos, cuando San Juan viviría una lenta pero efímera recuperación. Todavía en el siglo XVIII y a pesar de los esfuerzos de los jesuitas por incorporar la región de los Llanos y, por supuesto, a sus habitantes nativos, estos seguían resistiendo, al avance evangelizador y «civilizador». Además del suicidio, se sabe de otros comportamientos culturales de resistencia indígena frente al sometimiento, como el de la «esterilidad buscada», mediante prácticas abortivas y el uso de plantas anticonceptivas, según lo observó el padre Gumilla, por largos años misionero en el Orinoco durante el siglo XVIII:

«Dos razones, tanto más fuertes cuanto más observadas y remiradas con largas reflexiones y experiencias, convencen y prueban la dicha voluntaria esterilidad; porque en primer lugar, muchas personas de maduro juicio han observado, que en las partes en que decae conocidamente el número de indios, se ven muchas indias sin hijos, y enteramente estériles: y éstas son las casadas con indios; pero al mismo tiempo se reconoce en los mismos parajes y pueblos, que todas las indias casadas con europeos o con mestizos, cuarterones, mulatos, zambos y también las que se casan con negros, son tan fecundas y procrean tanto, que pueden apostar, a buen seguro, con las hebreas, más rodeadas de hijos. ¿Y quién habrá a quien no cause armonía, dé gran golpe, y le dé en qué esta tan visible y notable diversidad entre unas y otras indias de un mismo país, temperamento y de un mismo lugar?

¿Qué causa oculta hay aquí? ¿Qué diferencia? Digo que de la diferencia nace la causa: la diferencia está en que si la india casada con indio procrea, salen indios humildes, desatendidos de las otras gentes, prontos a servir hasta a los mismos negros esclavos (como ya dije en su lugar), salen los indios sujetos al abatimiento, hijo de la cortedad de su ánimo y de su innato temor, obligados al tributo, que aunque llevadero, se mira como carga y lunar; pues no quiero parir semejantes hijos, dijeron y dicen las indias de las catorce islas Marianas (por otro nombre de los ladrones) y a lo más (como de la nación de los guayanos me aseguró el Rmo. P. Fra. Benito de Moya, religioso capuchino, misionero apostólico y dos veces prefecto de sus misiones) logran sólo el primer parto para su consuelo, y toman yerbas para impedir los demás. Es cierto que la esterilidad voluntaria y buscada con tales medicinas es detestable., es contra la ley de Dios y contra el bien del género humano; pero no se puede negar que hay males, los cuales, o realmente o la aprehensión, sean peores que la esterilidad mirada en sí puramente, por falta de hijos de que va acompañada; y así vemos que en este sentido dijo Cristo a las hijas de Jerusalén: cuando llegue la calamidad que os anuncio entonces serán dichosas las estériles y aquellas cuyos vientres no dieron fruto; y en este sentido excita Isaías a que los estériles alaben a Dios; y el apóstol a la de Galacia: porque llegada la tribulación, sentirán sólo su propio daño, y no la congoja de ver en él a sus hijos». (Gumilla, citado por Jaramillo Uribe; 1989; pp. 133-134).

Según Ortiz y Pradilla, a pesar de los efectos destructivos de las expediciones “conquistadoras” (pueblos devastados y campos), todavía en el siglo XVIII se mantenían vivos los mecanismos de integración social entre los grupos indígenas sobrevivientes de los Llanos, basados en la complementariedad ecológica, diversidad de estrategias de subsistencia y especialización técnica como bases del comercio intertribal; exogamia étnica y clanil y relaciones jerárquicas como marco de las relaciones interétnicas; multilingüismo e intercambios rituales de paz para mantener el acceso a los recursos (Ortiz, Pradilla, 1984; pp. 1,3).



Fernando Urbina

BIBLIOGRAFÍA

Aguado, Fray Pedro de. Recopilación historial resolutoria de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada de las indias del Mar Océano. Tomos I, II. Espasa Calpe, Primera Edición, Madrid, 1930.

Barse, William. “El período arcaico en el Orinoco y su contexto en el norte de Sud América”. En: *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*, eds. I. Cavelier & 5. Mora. Fundación Erigaie, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, 1995.

- Barse, William. Preceramic occupations in the Orinoco river valley. *Science* 250: 1388-1390, 1990.
- Botero, Pedro José & Doris Helena Serrano. "Estudio comparativo de Orinoquia-Amazonia" (ORAM) colombianas. *Revista CIAF* 13(1):87-115, Bogotá, 1992.
- Cavelier, Inés & Santiago Mora, eds. *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*. Fundación Erigaie, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, 1995.
- Correal, Gonzalo, Fernando Piferos & Thomas van der Hammen. "Guayabero I: un sitio precerámico de la localidad Angosturas II, San José del Guaviare". *Revista Caldasia*, Instituto de Ciencias Naturales, Universidad Nacional. 16(77):245-254, Bogotá, 1990.
- Cruxent, J.M & Irving Rouse. *An archeological chronology of Venezuela*. 2 vol., Social Science monographs VI, Pan American Union, Washington, 1958
- Darch, J.P. "Drained field agriculture in tropical Latin America: parallels from past to present". *Journal of Biogeography* 15:87-95, 1988.
- Garson, A. *Prehistory Settlement and Food production in the Savanna Region of "La Calzada de Páez", Venezuela*. Ph D Dissertation Dp. of Anthropology, Yale University, New Haven, 1980.
- Gaspar. junio 5 de 1596. Testamento de Gaspar Cacique de Chita. Archivo Regional de Boyacá, Archivo Histórico, Tomo 21.
- Gassón, Rafael A. "La evolución del intercambio a larga distancia en el nororiente de Suramérica: bienes de intercambio y poder político en una perspectiva diacrónica". En: *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el área intermedia de las Américas*. Editores Carl H. Langebaek y Felipe Cárdenas, Dpto. de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá, 1996.
- Giraldo de Puech, María de la Luz. *Investigación arqueológica en los Llanos Orientales, región Cravo-Norte, Arauca*. Boletín del Museo del Oro 21:3-23, Bogotá, 1988.
- Goosen D. *Physiography and soils of the Llanos orientales, Colombia*. International Institute for Aerial Survey and Earth Sciences, Eschede, 1972.
- Gumilla, Joseph. *El Orinoco Ilustrado*. Editorial AB O, Bogotá, 1955.
- Jaramillo Uribe, Jaime. "La población indígena de Colombia en el momento de la Conquista y sus transformaciones posteriores". *Ensayos sobre historia social colombiana*. Universidad Nacional de Colombia. 2a. reimpresión. Bogotá, 1974.
- Langebaek, Carl Henrik. *Producción Agrícola y Desarrollo Sociopolítico entre los Chibchas de la Serranía de Mérida y la Cordillera Oriental de Colombia*. Siglo XVI. Bogotá, s.f.
- Langebaek, Carl Henrik. *Noticias de caciques muy mayores. Origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*. Universidad de los Andes, Bogotá, 1992
- Langebaek, Carl Henrik. *Tres formas de acceso a productos en territorio de los Cacicazgos sujetos al Cocuy, siglo XVI*. Bogotá, 1985.
- Lathrap, Donald. *The Upper Amazon*. Praeger, New York, 1970.

López, Elizabeth & Santiago Mora. Puerto Santander: un yacimiento arqueológico guayupe. Ms. inédito, IOAN, Bogotá, 1990.

López, Elizabeth. Prospección arqueológica-fisiográfica de los antropoles en la llanura aluvial del río Guayabero. Tesis, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1993.

López, Serna, Mejía y Montoya. Reconocimiento y prospección arqueológica. Oleoducto Cusiana - El Porvenir y facilidades de producción. Informe Final. BP Exploration Company (Colombia) Ltd. Ms. Inédito, 1993.

Marwitt, John P. & Robert Morey. Excavaciones arqueológicas experimentales en la región Ariari. Resumen para el Instituto Colombiano de Antropología. Ms. Inédito, 1973.

Marwitt, John P. Archeological research in the Colombian llanos. Symposium on Anthropological research in the Colombian and Venezuelan Llanos. Annual meeting, American Anthropological Association, San Francisco, 1975.

Marwitt, John P., Robert V. Morey & James A. Zeidler. Reconnaissance of the upper Ariari river region. Department of the Meta, Eastern Colombia. 38th annual meeting of the Society for American Archaeology, San Francisco. Ms. Inédito, 1973.

Mora, Santiago & Inés Cavelier. "Guayupes y Achaguas: siglo XVI". En: Los Llanos, una historia sin fronteras. Primer simposio de historia de los Llanos Colombo-Venezolanos, pp. 74-86. Vi. Ilavencio, 1988.

Mora, Santiago, Cavelier, Inés. Contrapunteo Llanero. Tesis de grado. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá, 1983.

Mora, Santiago. Los Llanos Orientales Colombianos. Arqueología. Inédito. FIAN, Bogotá, 1985.

Mora, Santiago. Llanos Orientales. En: Colombia Prehispánica. Instituto Colombiano de Cultura, pp. 189-200. Bogotá, 1989.

Mora, Santiago; Inés Cavelier de F. Mirray: Arqueología del Departamento del Meta. Informe inédito. FIAN, Banco de la República, Bogotá, 1985.

Mora, Santiago; Inés Cavelier. "Agricultores del piedemonte: los Guayupe". Boletín de Antropología, 4(4):35-44. Universidad Javeriana, Bogotá, 1989.

Mora, Santiago; Inés Cavelier. "Resultados preliminares de una prospección en el piedemonte llanero, Departamento del Meta". Maguaré, Revista del Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.

Mora, Santiago; Márquez R. Elizabeth. Investigaciones Arqueológicas en el Municipio de Yopal, Casanare, FIAN, Banco de la República, Bogotá, 1982.

Morey, Nancy. Ethnohistory of the Colombian and Venezuelan Llanos. Ph.D. Dissertation. Utah University, 1975.

Morey, Robert y Nancy. Relaciones Comerciales en el pasado en los Llanos de Colombia y Venezuela. Universidad Católica Andrés Bello. Instituto de Investigaciones Históricas, Caracas, 1975.

Morey, Robert. "Warfare Patterns of Colombian Guahibo". Actas y Memorias: Vol. 4, XXIX Congreso Internacional de Americanistas. Instituto de Estudios Peruanos. IEP. Lima, 1972.

Ortiz, Francisco, Pradilla, Helena. Visión Emográfica de los Llanos Orientales de Colombia. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, 1984.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo. El chamán ye! jaguar. Siglo XXI Editores, México, 1978.

Rojas, Luis. 1590. Requerimiento de Luis de Rojas, apoderado de Martín de Rojas, a Antonio Ruiz Mancipe, Teniente de corregidor, por la rebelión de los indios y de la muerte de Pedro de Daza en Santiago de las Atalayas. Archivo Regional de Boyacá, Archivo Histórico. Tomo 17, Folios 5.

Romero Moreno, María Eugenia & Claudia Romero. Desae el Orinoco hacia el siglo XXI: el hombre, la fauna y su medio. Fondo FEN Colombia, Bogotá, 1989..

Romero, María Eugenia. Antecedentes para la Historia cultural y Económica de la Orinoquia Colombiana. Universidad de los Andes, Bogotá, 1983.

Spencer, Charles S. & Elsa Redmond. "Prehispanic chiefdoms of the westem venezuelan Llanos". World Archaeology 24(1):134-157, 1992.

Spencer, Charles S. Coevolution and the development of Venezuelan Chiefdoms. In: Profiles in Cultural Evolution. pp.137-165. Eds. A.T. Rambo & K. Gillogly. Anthropological Papers Museum of Anthropology No. 85. Ann Arbor, 1991.

Tienda de Cuerbo. Informe de Bartolomé Tienda de Cuerbo sobre los motivos de creación del cargo de Virrey en el Nuevo Reino de Granada y causas para su posterior abolición". San Idelfonso- VIII- 1734 ms. orig. Dirección General de Soberanía Nacional. Colección: Vacas Galindo. Tomo II Fls. 50,51

Useche, Mariano. El Proceso Colonial en el Alto Orinoco-Río Negro durante los siglos XVI, XVII, y XVIII, una introducción a la Etnohistoria Regional. Finarco, Banco de la República, Bogotá, 1984.

Van der Hammen, Thomas. Historia, ecología y vegetación. Fondo FEN Colombia, Fondo de Promoción de la Cultura del Banca Popular, Corporación Colombiana para la Amazonia, Bogotá, 1992.

Whitmore, T.C. & G 1. Prance, eds. Biogeography and quaternary history in tropical America. Oxford Science publicatións, 1987.

Zucchi, A. y W. Denevan. "Campos Agrícolas Prehispánicos en los llanos de Borinas, Venezuela". Indiana 2:209-216. Ibero Amerikanisches Institut, Berlin, 1974.

Zucchi, Alberta. A new date on the antiquity of polychrome painting from Venezuela. American Antiquity, 37(3): 439-445, 1972.

Zucchi, Alberta. "Algunas hipótesis sobre la población aborigen de los llanos Occidentales de Venezuela", en Acta Científica Venezolana. No. 19, Departamento de Antropología, pp. 135-139; 1968.

Zucchi, Alberta. "La Prehistoria de los llanos Occidentales: Investigaciones recientes", Acta Científica Venezolana No. 23:185-187, 1972.

Zucchi, Alberta. "La tecnología Aborigen y el aprovechamiento agrícola de nuestras Sabanas".
Revista Líneas No. 219, 1975.

Zucchi, Alberta. Nuevos datos sobre la arqueología de los Llanos occidentales de Venezuela, 380
Congreso Internacional de Americanistas, München, 1969.

Zucchi, Alberta. Prehistoric human occupations of the western venezuelan Llanos. *American
Antiquity* 38(2)-April, 1973.